



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# Damián

## testimonio de Edward Clifford

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc



## ¡ADIÓS!..., ¡HASTA EL CIELO!

Versión francesa del P. Odilon Van Gestel, ss.cc.

### Visita por Navidad 1888 Edward Clifford

“Positio super virtutibus” pp. 581-603

Edward Clifford, nació en 1844 en Bristol, laico anglicano, profesando la fe protestante, fue un pintor que visitó la leprosería. El año 1888 editó un libro con el título de *“Father Damiens a journey from Cashmere to his home in Hawai”*. Londres, Macmillan and Co. and New York First edition, July, 1889.

En dicho libro, tan solo en el Capítulo III describe la vida, apostolado, muerte del P. Damián. Introducimos este capítulo, traducido al francés, por el P. Odilon, ss.cc. en este sumario, ya que muchos testigos lo nombran en sus testimonios.

\* \* \* \* \*

El pequeño vapor *Mokili* parte de Honolulu, capital del archipiélago, todos los lunes a las 5 de la tarde; el 17 de diciembre, subí a bordo como pasajero.

La puesta del sol estaba próxima; el cielo tenía color naranja, con una gran nube de púrpura con franjas de oro. La oscuridad llegó rápidamente y cuando llegamos enfrente de un pequeño malecón, que se encuentra delante de la ciudad, ya había caído la noche y la luna proyectaba a lo lejos sobre el mar su luz pálida. Del malecón venía el sonido de una lamentación continua, monótona, entrecortada de sollozos. Desde el navío pude descubrir un pequeño grupo de leprosos que con sus amigos esperaban en aquel lugar: “¡oh!, mi pobre marido”, gritaba una mujer repetidamente. Trece leprosos subieron a la canoa y fueron transportados al vapor. El navío se alejó; la lamentación parecía cada vez más débil y llegó un momento en que ya no alcanzó mis oídos.

Estas separaciones entre los leprosos y sus familias – separaciones para toda la vida! – tienen un carácter particularmente trágico, pero es algo inevitable,

porque la necesidad de una segregación absoluta es del todo evidente, ya sea que la causa de la propagación del mal haya de atribuirse a la herencia, o sea consecuencia del contagio. El Gobierno hawaiano ha comprendido y cumplido su deber; - ¿sería de desear que nuestro Gobierno de la India hiciera otro tanto con sus doscientos cincuenta mil leprosos! Sin ahorrar pena ni gasto, se ha dedicado a buscar todos los casos, uno por uno; ha proporcionado a estos desdichados un abrigo, tan bien arreglado como para dar satisfacción a todas sus necesidades, y cosa extraña, a veces es difícil impedir que personas sanas vayan a establecerse allí. Conozco muchos lugares más tristes que Molokai, que tiene suaves brisas, costa de montañas cortadas a pico y un mar muy azul. Los hawaianos son una raza con disposición a ser muy feliz; son generosos y parecen ser la flor de estas islas soleadas y expuestas al viento. Ceden fácilmente a las emociones del momento, ya sea la alegría o la tristeza; hasta los leprosos se pondrán a reír y a bromear inmediatamente después de haber llorado o haberse abandonado a la tristeza.

Las facilidades de alojamiento sobre el *Mokolii* son necesariamente muy restringidas, pero como yo era extranjero y en consecuencia un pasajero distinguido, se me preparó un colchón sobre el pequeño puente. Como era muy corto, bien pronto fue invadido por dos pares de piernas, de las que unas pertenecían a un chino y las otras a un hawaiano. No podía ser inhospitalario o quejarme de mi compañía, y por otro lado una señora se puso a tocar la guitarra y a cantar. Varios pasajeros se sintieron en el deber de acompañarla, de manera que pronto me retiré a otro lugar del vapor para gozar del espectáculo de una bella noche al claro de la luna, que hizo aparecer los precipicios y los barrancos de Molokai a los que nos aproximamos hacia media noche. Era una vista solemne y sombría.



La entera isla de Molokai es larga y tiene la forma de una hoja de sauce. Se extiende sobre el Pacífico como un rincón de abrigo. La costa sur, opuesta a la que tenemos enfrente, es muy baja y de playas continuas. El terreno sube lentamente hacia su mayor altura, que es de 1500 pies, y forma al norte una costa muy escarpada. Entre la base de estos precipicios en su parte central, y el océano, se encuentran los dos pequeños poblados leprosos de Kalawao y Kalaupapa, en una pequeña península sobresaliente, que va a terminar su vértice hundiéndose en el mar. Probablemente la mitad de toda la isla se encuentra por debajo del nivel del mar. Los pueblecitos, en realidad, están situados en la cumbre de un inmenso volcán, del que emerge tan solo esta pequeña península, que tiene, en su centro algo más elevado, el cráter apagado.

Las islas Hawaii no son otra cosa que un agrupación de volcanes cuyos fuegos parecen haberse extinguido comenzando por la costa sur. En la gran isla de Hawaii hay todavía un volcán en erupción. Fuentes de lava hirviente se lanzan por los aires y proyectan un resplandor rojo como la sangre durante el día, naranja en la aurora y el crepúsculo, y amarillo como la primavera por la noche. La vista es espantosa. Nadie puede aproximarse allí mas que por un

campo de lava de tres leguas de largo, igualmente terrible. La lava es negra y brillante y se solidifica en figuras sinuosas como serpientes o cocodrilos. A menudo está todavía caliente a un pie, y aún menos, de profundidad.

Quizás el gran cráter de Haaleakala, en la isla de Maui, es todavía hoy más notable. Es el cráter más vasto del mundo, que mide nueve leguas de diámetro. En su parte profunda encierra catorce volcanes extinguidos, entre los que algunos tienen una altura de 700 pies. Un día contemplaba el espectáculo al amanecer y me parecía que estaba, no solamente en otro mundo sino en otro orden de cosas. No veía en torno a mí mas que nubes blancas de varias leguas, que lentamente toman una apariencia rosácea al salir el sol. Por encima veía las cimas lejanas del Mauna Loa y del Mauna Kea, y de tiempo en tiempo, por la grieta de largas nubes, un pequeño rincón de mar azul<sup>1</sup>.

El inmenso cráter se abría ante mí. Era un lugar muerto, pero que tenía su belleza propia, como toda la naturaleza cuando se tienen ojos para verla. Los extraños resplandores y las sombras, no se parecían en nada a todo cuanto he visto antes o después. Los colores de los cráteres extinguidos no eran distintos pero sí realmente espléndidos, pasando por toda la gama del espectro solar, de púrpura mate, de rosa mate, de pardo mate, de amarillo mate, de verde mate. La base del cráter era negra y gris, hecha de polvo de lava acumulada durante siglos y probablemente jamás tocada por el pie del hombre. En una época muy lejana era un lago de fuego hirviente, que tenía una superficie de nueve leguas.

Cuando nos aproximábamos a Molokai, me di cuenta que el lento trabajo de siglos había casi acabado de cubrir de verdor la lava, que es la base de esta isla. A punto de amanecer nos encontrábamos a la vista de Kalaupapa. Dos pequeñas iglesias, provistas de torres y perfectamente iguales, impresionaron mis ojos. Alrededor de estas dos iglesias se elevaban las casas de los leprosos que esperaban nuestra llegada. La mar estaba irritada como para que nos fuera posible abordar. La costa es verdaderamente salvaje; las olas se lanzaban contra las rocas y saltaban a una altura de cuarenta pies. Jamás había visto tan espléndidos rompientes.

Nos dirigimos a Kalawao; allí también hubiera sido peligroso buscar donde desembarcar. Finalmente se decidió echar una canoa al mar para ganar una punta rocosa a una milla y media del pueblito. Nos encontramos en presencia de una veintena de leprosos descendiendo esta punta rocosa. "¡Allí está el Padre Damián"! dijo nuestro encargado de víveres – y vi aproximarse lentamente, sobre el flanco de la colina, un rostro moreno, sombreado por un ancho sombrero de paja. Descendió penosamente y se sentó al lado de la

---

<sup>1</sup> El Mauna Kea y el Mauna Loa se encuentran en la gran isla de Hawaii y sobrepasan los 5000 metros sobre el nivel del mar, asentados en una profundidad marina de 5000 metros de donde surgieron, por lo que los geógrafos los consideran los más altos del mundo, muy a pesar de los alpinistas del Everest. El Haaleakala de Maui tiene 3.075 metros. El Mauna Loa, en actividad, tiene siete cráteres abiertos en sus laderas, con el correspondiente lago de lava hirviente característico de los volcanes hawaianos.

orilla. Intercambiamos saludos amistosos, mientras mis bagajes eran sacados de la bodega – largo y penoso trabajo, porque a causa de la violencia del mar, era todo lo que se podía hacer para llevarlos a la orilla, al no poder desembarcar los otros objetos en ese momento. El capitán y el encargado no ahorraron ningún trabajo para embarcar sobre la canoa mi aceite de “gurjun”. Al fin todo estaba a punto; avanzamos sobre las olas y escogimos un buen momento para abordar. El Padre Damián me cogió por la mano y, al mismo tiempo que me ayudaba a trepar la roca, me deseó cordialmente la bienvenida. Me llamó enseguida por mi nombre Edward; dijo que era verdaderamente providencial que me encontrara en este lugar en el que no se abordaba más que raramente, porque él había esperado hasta que vio al navío pararse delante de Kalaaupapa, y allí era donde se había dirigido el Padre Conrardy. Pero una joven leprosa que se encontraba entre los recién llegados, y que había desembarcado con los otros leprosos en una barca sobre la que yo no había querido subirme, le había dicho que había un extranjero a bordo, un europeo, un inglés; debido a esta información él se había vuelto.

El Padre Damián tenía entonces cuarenta y nueve años; era un hombre masivo, con una cabellera negra rizada y una barba corta que comenzaba a volverse gris. Su aspecto debió ser imponente; pero cuando yo le vi, estaba ya desfigurado en cierta medida por la lepra, aunque no lo fuera todavía bastante como para no encontrar satisfacción en mirar su rostro en el que brillaban la inteligencia y la benevolencia. Su frente estaba hinchada y rugosa, las pestañas se habían caído, la nariz estaba un poco hundida, y las orejas muy agrandadas. Sus manos y su rostro estaban sembrados de un cierto número de nódulos todavía en sus comienzos, y su cuerpo presentaba también varios signos de la enfermedad; pero me aseguró que no sentía sino poco o ningún sufrimiento desde que había experimentado el sistema del Dr. Goto, consistente en baños calientes y remedios japoneses. Las salas de baño que fueron proporcionadas por el Gobierno son muy hermosas.

Creo que no tenía gran confianza en el aceite de “gurjun”; sin embargo comenzó a usarlo a petición mía, y después de un ensayo de unos quince días, los buenos efectos de este remedio fueron evidentes para todos. Su rostro aparecía en mucho mejor estado; su sueño llegó a ser muy bueno cuando antes era muy malo (no podía dormir mas que con la boca abierta); se mejoró también el estado de sus manos y el último domingo de mi estancia me dijo que había podido cantar la misa de la mañana y que eso era la primera vez que lo hacía después de varios meses. Se puede uno alegrar de este resultado; pero es imposible dejar de pensar que, después de un progreso de varios años, el mal no haya ya atacado a los pulmones o algún otro órgano vital y de este modo el remedio no haya llegado demasiado tarde.



Había traído conmigo una gran caja de regalos proporcionados por muchos de mis amigos ingleses. Los habían embarcado sobre la canoa, con mi aceite. Pero esta caja era tan voluminosa que el Padre Damián dijo que sería imposible a sus leprosos sacarla a tierra o transportarla a Kalawao; pensaba

que habría que volverla al navío para que la desembarcase en cualquier otro viaje, cuando la mar estuviese menos alborotada; pero yo no podía renunciar al placer de ser testigo de su alegría cuando viera el contenido; por eso abrimos la caja en la canoa y los objetos que contenía fueron pasados uno a uno por encima de las olas. Los leprosos llegaban apretándose alrededor, con sus pobres rostros destrozados, y los regalos fueron llevados al pueblecito, por ellos y por nosotros.

Había primero un grabado de M. Shield, el "Buen Pastor", donado por Lady Mount Temple; además grandes cuadros del Via Crucis, donados por el honorable Maude Stanley; también una linterna mágica con escenas tomados de las Sagradas Escrituras; a sí mismo grandes cantidades de estampas coloreadas; luego una especie de órgano, dado por Lady Caroline Charteris, que podía tocar cuarenta melodías diferentes dando vueltas a una manivela. En media hora estábamos en el establecimiento, cuando ya el Padre Damián había enseñado a los muchachos la manera se usar este invento, y raramente he andado por Kalawao sin que oyera el organillo en plena actividad.

También había bellos objetos de plata por parte de Lady Grosvenor y de Lady Airline, y varios presentes en dinero. Y lo que valía más que el resto, había un cuadro al temple representando la visión de San Francisco [la impresión de las llagas]. Este cuadro había sido enviado por M. Burne Jones, el mismo autor del trabajo, famoso pintor inglés. Está ahora colgado en la pequeña habitación del Padre Damián.



No tenía el más mínimo deseo de que mis bagajes fueran transportados por un leproso; pero el camino que conducía a Kalawao era verdaderamente fatigoso; había que trepar una colina y descenderla, franquear un ancho reguero de agua, bordear profundos precipicios en ciertos lugares. Pero el placer de descubrir gradualmente que el Padre Damián era un hombre aún más encantador de lo que yo me lo había imaginado, me hizo encontrar el paseo agradable. A medio camino me refresqué tomando un baño en la espuma de las olas, que estaban demasiado encrespadas para aventurarme en ellas. Por otro lado existía el peligro de los tiburones que infestaban el lugar. Mientras yo tomaba mi baño, me quedé impresionado del modo tan natural con que él se sentó para rezar sus oraciones y leer su oficio, penetrando de alguna manera en esa vida oculta que parecía ser su ambiente propio. Lo hizo sin ningún esfuerzo. Cuando yo estaba ya a punto de ponerme en marcha, retomó su aspecto animado y me iba señalando todo lo que podía interesarme.

Los escollos de Molokai son en muchos lugares casi perpendiculares y se elevan muy altos por encima del nivel del agua. Están generalmente a la sombra, pero los rayos del sol penetran a través de las copas de los árboles, y asociaré siempre estos rayos del sol con los pueblitos de los leprosos. La espuma del mar es lanzada como una niebla en torbellino desde el fondo del mar y produce un efecto mágico en las bellas mañanas. Allí donde los escollos

no están a pico, se desarrolla una vegetación tropical, pero no tiene nada de cautivador para los ojos acostumbrados a las hayas, las aliagas y los brezos.

El jengibre salvaje no tiene nada de refinado pero produce muy bellas espigas de flores y crece por todas partes, lo mismo que el malvavisco amarillo, que es el árbol más feo que existe, y cantidad de *Kí* cuya raíz proporciona el licor embriagador que ha causado tantos desastres entre los indígenas. Los helechos son magníficos. Los más interesantes pájaros que he visto en Molokai son el pequeño pájaro de miel, que tiene un pico recurvado y un plumaje de un rojo aterciopelado; un gran búho amarillo que vuela de día; el chorlito real, que abunda y es muy bueno para comer; y una magnífica criatura llamada *bos'un* que tiene una larga cola y es totalmente blanco. Y además los gorriones en abundancia, así como los *mynahs*, pero el curioso pequeño aptérix está casi extinguido.

Como subíamos la colina sobre la que está construido el pueblito, el Padre Damián me enseñó, a nuestra izquierda, la "granja de gallinas". Los leprosos están orgullosos de ella.; pocos días después, vi que me servían en mi comida un hermoso pollo que, después de un momento de natural temor, comí con agradecimiento.

En Kalawao, el Padre me mostró la iglesia medio acabada, que es el objeto más querido de su corazón. Con qué alegría buscaba en qué lugar quedarían mejor colocados los cuadros que le traje [del Via Crucis]. Había incorporado, como si fuera el crucero de la nueva iglesia, la pequeña construcción que había servido hasta entonces de capilla. Justo al lado me mostró el puhala (pandano) bajo el que había vivido varias semanas durante los primeros tiempos de su llegada al establecimiento en 1873.

Su pequeña casa particular, compuesta de cuatro piezas, se levanta al lado de la iglesia; allí el padre Conrardy, que habita en el entresuelo y es un hombre en verdad distinguido, vino en nuestro encuentro y nos introdujo en el pequeño comedor, donde estaba preparada una comida. Encontramos allí al Hermano Jacques, vigoroso irlandés de talla alta, que me agradó mucho por su sencilla gravedad, y a causa del intenso afecto que tiene al Padre Damián.

Por deseo del Padre Damián, nos sentamos en una mesa aparte, como precaución contra el contagio; pero estaba muy cerca de nosotros, y nos sentíamos muy felices de encontrarnos juntos.

Me parecía penoso contrariar a los amables anfitriones, pero no tenía suficiente hambre como para comer cualquier cosa, a no ser algunas galletas sacadas de una caja en hierro blanco. Y más tarde, cuando tenía al alcance de la mano alimentos en abundancia, escogía siempre naranjas recogidas en un árbol que está plantado no lejos de allí. Después de la comida, subimos la pequeña escalera que conduce a la terraza a la que se abren las habitaciones del Padre Damián, sombreada por unas madreselvas llenas de flores. Una puerta de este balcón se abre al despacho de trabajo, en que hay un gran mapamundi; la otra puerta se abre al dormitorio del Padre.





Un cierto número de mis mejores momentos en Molokai transcurrieron en esta terraza, pintando el rostro del Padre Damián y escuchando lo que él me decía. Venían leprosos a menudo para ver cómo iba mi trabajo, y era emocionante ver qué felices se sentían y qué a gusto se encontraban con el Padre Damián. Sus pobres rostros estaban a menudo destrozados por la enfermedad y totalmente deformes, con los ojos de través y llenos de manchas de sangre; pero sentía ante su extraño aspecto menos horror que el que hubiera creído. Había allí casi siempre bastantes otros que se divertían en el jardín debajo de nosotros.

Le propuse dar una fotografía del cuadro al hermano del Padre Damián, que está en Bélgica; el Padre me dijo que quizás fuera mejor no hacer nada, porque eso podría afligir a su hermano al ver qué desfigurado se encontraba. Él miraba con tristeza mi trabajo. "¡Qué cara más fea!", dijo. Y añadió: "No sabía que la enfermedad hubiera hecho tantos progresos". Los espejos no son muy buscados en Molokai.

Mientras pintaba su retrato, a menudo estaba leyendo su breviario. Otras veces hablábamos de asuntos que nos interesaban al uno y al otro, sobretodo del trabajo apostólico. A veces le cantaba cánticos, entre otros éste: "Brief lifwe is here our portion" y este otro: "Art thou wearym art thou languid?" y también este otro: "Safe home in port?". En estos momentos, la expresión de su cara aparecía particularmente tierna y tranquila.

Un día le pregunté si quería enviar un mensaje al cardenal Manning. Me respondió que él no era un hombre como para enviar un mensaje a un tan alto personaje, pero, después de un momento añadió: "Le envió mis humildes respetos y mis agradecimientos".

No es necesario decir que el Padre no se daba ningún aire de mártir, de santo o de héroe; - no he visto jamás un hombre más humilde. Sonrió modestamente y con un aire de súplica cuando le remití el mensaje del obispo de Peterborough. "No querrá recibir la bendición de un obispo herético, pero dígame que rezo por él y pídale que quiera bendecirme". "¿Se llama a sí mismo obispo herético?", me preguntó con un aire dudoso. Tuve que explicarle que el obispo lo había dicho probablemente en broma.

Me planteó varias cuestiones concernientes a M. Hugh Chapman que le había manifestado una amistad profunda y le había enviado una gran suma de dinero. Se notaba que su corazón tenía presentes estas cuestiones.



Un día me contó la historia de su juventud. Nació cerca de Lovaina, Bélgica, el 3 de enero 1840. Tiene todavía un hermano sacerdote Su madre era una persona muy religiosa, muerta hacía dos años. Su padre había muerto doce

años antes que ella. Cuando tenía diecinueve años, su padre le llevó, el día de su cumpleaños, a visitar a su hermano que se preparaba entonces estudiando para el sacerdocio. Le dejó a comer con él, mientras él mismo iba a un pueblo del entorno.

El joven José, como se llamaba por el nombre de bautismo, creyó que era la ocasión favorable para tomar una decisión que había meditado durante mucho tiempo, y dijo a su padre, a su vuelta, que no deseaba volver a casa y que prefería evitar las despedidas. Su padre consintió contra su gusto, pero como quedaba poco tiempo, si no quería perder el tren, se separaron en la estación. Más tarde, cuando todo estuvo aclarado, hizo una visita a su familia y recibió el consentimiento de su madre.

Su hermano estaba a punto de partir como misionero a Oceanía y todo estaba ya preparado, cuando en el último momento se contagió de la fiebre tifoidea. A pesar de su decepción, le sería imposible partir. El impetuoso José le preguntó si sería un consuelo para él el que fuera en su lugar. Con la respuesta afirmativa escribió en secreto y se ofreció a ir en su lugar, pidiendo que fuera enviado aún antes del fin de sus estudios. Los estudiantes no podían enviar sus cartas sin control del Superior, pero José pasó de ello. Un día que estaba en sus estudios, el Superior entró y le dijo en tono de suave reproche: "Es para usted, joven lleno de impaciencia, habéis escrito esta carta y podéis ir". José saltó de alegría salió precipitadamente y corrió como un potro joven, "¿se ha vuelto loco?" se preguntaban los otros estudiantes.

Durante de algunos años trabajó en otras islas del Pacífico<sup>2</sup>, pero un día se encontraba presente para la bendición de una iglesia en la isla de Maui, cuando su obispo manifestó sus pesares por no poder enviar un misionero a los leprosos de Molokai, y aún menos darles un pastor. Todo cuanto había podido hacer era enviarles de tiempo en tiempo un sacerdote. Esto sucedía en 1873. Entonces algunos jóvenes sacerdotes habían justamente llegado a Hawaii. El Padre Damián le respondió: "Monseñor, tenéis ahora nuevos misioneros; si me lo permitís, partiré para Molokai y trabajaré para los leprosos cuyo lamentable estado corporal y espiritual me ha hecho a menudo sangrar el corazón". Su oferta fue aceptada y ese mismo día, sin despedirse, tomó el vapor que transportaba ganado a la leprosería. En cuanto puso pie en tierra, se dijo: "José, muchacho, aquí tienes trabajo para toda la vida".

No he encontrado a nadie en las islas Hawaii que no crea que la lepra sea contagiosa, aunque se puede estar expuesto durante años a la enfermedad sin contraerla. El Padre Damián me dijo que él siempre había estado esperando en que llegaría a convertirse en leproso pronto o tarde, sin que sepa cómo la ha contraído. Era poco probable que escapara a la enfermedad, porque vivía constantemente en una atmósfera contaminada, vendando las llagas de los leprosos, lavando sus cuerpos, asistiendo a su muerte, hasta fabricando sus ataúdes, cavando sus fosas y enterrándolos.

---

<sup>2</sup> Solo estuvo en la isla de Hawaii, durante nueve años, en dos distritos sucesivos, de Puna y de Kohala.



Durante mi estancia en el archipiélago he obtenido comunicación de un *Informe* que el Padre Damián había escrito dieciséis años antes<sup>3</sup>; creo que será interesante recoger parte de sus propias palabras:

“Por una Providencia especial de nuestro Divino Salvador, que durante su vida pública manifestó a los leprosos una simpatía particular, el camino hacia Kalawao me fue trazado en mayo de 1873. Tenía entonces treinta y tres años; gozaba de una salud robusta. Había un hospital con unos ochenta leprosos; los otros, en compañía de un pequeño número de auxiliares, habían establecido su morada más lejos en el valle. Habían cortado los viejos *pandanos* para construir sus chozas; muchos de entre ellos, sin embargo, no habían podido abrigarse más que en chozas hechas con ramajes de árboles de ricino. Estos miserables abrigos estaban cubiertos por medio de hojas del árbol llamado *Kí*, o de las de caña de azúcar; los mejores tenían como techo una especie de césped compacto formado con la planta de *pili*. Yo mismo no tuve, durante varias semanas más que un *pandano*; este árbol ha sido conservado hasta hoy en el cementerio.

“Bajo estos techos totalmente primitivos, convivían entremezclados estos desdichados, sin distinción de edad ni de sexo, de casos antiguos como de nuevos, todos más o menos extraños los unos para los otros, miserables, desterrados de la sociedad. Pasaban su tiempo jugando a las cartas, danzando el *hula* y las danzas nativas, bebiendo licor fermentado fabricado de la raíz de *Kí* y el alcohol del país. Pueden imaginarse cuáles eran las consecuencias. Los vestidos estaban muy lejos de conservarse limpios, a causa de la escasez de agua que debía transportarse, entonces, desde una gran distancia. Muchas veces, cumpliendo mi deber de sacerdote en sus chozas me veía obligado a salir rápido para respirar aire fresco. Para defenderme contra este mal olor, me habitué al uso del tabaco, fumar en pipa me preservaba más o menos de transportar en mis vestidos las emanaciones dañosas que despedían los leprosos. En esa época los progresos de la enfermedad eran terribles y la cifra de la mortalidad muy elevada. La condición miserable del establecimiento de los leprosos le había valido la reputación de un “cementerio viviente” (living graveyard). (Este nombre - hoy estoy feliz de poder constatarlo - ya no le es aplicable).

“En 1874, un *cona* (huracán del sur) levantó la mayor parte de las pobres viviendas de los leprosos y estos desdichados permanecieron expuestos al viento y a la lluvia, con sus vestidos y sus mantas empapadas de agua. Después de algunos días, un vapor muy desagradable comenzó a elevarse desde sus chozas. Llame la atención de nuestro comprensivo Gobierno sobre este hecho, y pronto llegaron chalupas cargadas de materiales que debían

---

<sup>3</sup> No sabemos si el error proviene del texto original o de la traducción francesa, pero en relación con la fecha de Navidad 1888, en que estuvo E.Clifford en Molokai, solo hay un espacio de tiempo de 2 años y 9 meses desde que Damián escribió su *Informe* en marzo de 1886.

servir para construir chozas sólidas; todo los leprosos en peligro recibieron lo que les era necesario para construir habitaciones convenientes. Amigos les enviaron planchas no cepilladas, planchas para tejado y materiales para colocar el piso. Un cierto número de leprosos poseían algún dinero e hicieron venir carpinteros. Con estos elementos, el sacerdote con la ayuda de jóvenes leprosos, consiguió levantar un buen número de pequeñas casas”.



Después de la subida al trono del rey Kalakaua ha sido de todo punto laudable la generosidad del gobierno hawaiano hacia los leprosos. La reina y la princesa heredera (Liliuokalani) han visitado personalmente el establecimiento. Las viviendas son ahora más limpias y convenientes; están elevadas sobre estacas para que no tengan ningún contacto directo con la tierra. Hay varias iglesias, y las personas que uno se encuentra por el camino son casi siempre personas felices. Cada persona recibe cinco libras de carne fresca de buey cada semana y, además, leche, *poi* y galletas. Hay un comercio donde se pueden procurar frutos en conserva y toda suerte de cosas. La alimentación es ciertamente monótona y recuerdo el placer que di al Padre Damián regalándole un poco de uva que había traído de Norteamérica.

He visto naturalmente, en el hospital, casos más graves, enfermos terriblemente demacrados y desfigurados; pero está fuera de toda duda que la enfermedad ha tomado una forma más benigna que la que tenía antes. Generalmente, los leprosos no sienten grandes sufrimientos y la media de su vida en Molokai es de unos cuatro años; al final de ese tiempo, el mal ataca muy a menudo algún órgano vital. Las mujeres están menos expuestas a ello que los hombres.

Una mujer acompañó a su marido a Molokai cuando fue atacado de la lepra, y a su muerte se casó con otro leproso. Éste murió y ella volvió a casarse con otro y después de él aún con otro. Ahí tenemos a una mujer que ha tenido cuatro esposos leprosos y sin embargo ella sigue sana.

El Dr. Swith, el médico residente, es bueno y diligente, y el gobierno hace todo cuanto puede para dar satisfacción a los deseos de los enfermos. Los niños que aún no dan ningún signo de la enfermedad, son bien cuidados en el *Kapiolani Home* en Honolulu, y los que se encuentran en Molokai no llevan ciertamente una vida infeliz.

Cantan muy bien. Había un hombre que poseía una bella voz de barítono, y un niño que conseguía un gran efecto con su voz metálica de soprano. Una mujer de rasgos distinguidos tocaba bien el armonio con sus pobres manos que parecían incapaces de ese esfuerzo; había sido conocida como excelente instrumentista en Honolulu. He escuchado con placer cantar el himno latino de Navidad “Adeste fideles”. Pero lo que he encontrado más emocionante es “El canto de los leprosos” – compuesto por un poeta indígena – una suerte de elegía en la que deploran la miseria de su suerte. Cuando visitaba a los niños en compañía del Padre Damián, por la noche, estaban colocados a lo largo de

una estrecha alameda, y esta visita me producía un efecto sorprendente a la luz temblorosa de las lámparas de aceite.

El domingo por la noche, les daba una sesión de linterna mágica y el Padre Damián les explicaba las imágenes tomadas de la vida de Cristo. Era un espectáculo muy emocionante el de este grupo de pobres niños alcanzados por la muerte, escuchando el relato de los milagros de Jesús, después el de sus sufrimientos, de su crucifixión y de su resurrección.

¡Qué grande es el poder de nuestro divino Salvador como para llenar de alegría hasta a los leprosos! Jamás olvidaré una visita que hice en marzo pasado a un asilo de estos pobres enfermos en Agra. Sus caras eran demasiado horribles como para mirarlas; estaban lisiadas, mutiladas, pero cantaban a plena voz las alabanzas de Jesucristo. Cuando les hablaba de Él, repetían las últimas palabras de cada una de mis frases con un gran ardor. Y cuando me despedí, de entre ellos se elevó este grito, diversas veces: "¡Victoria a Jesús!". Un ministro americano de la secta de los Baptistas, M. Jones, había encontrado tiempo de visitarlos cada quince días, y este era el resultado.



Durante el día, en Molokai, se ve a las gentes a la puerta de sus viviendas, ocupadas en triturar la raíz del taro para fabricar su alimento favorito, el *poi*, o galopando sobre sus pequeños ponis - hombres y mujeres entremezclados - por el camino que une los dos pequeños pueblos. Y siempre se apresuran a saludar, siempre están dispuestos a sonreír. Este feliz cambio es debido en parte a la solicitud siempre creciente del mismo gobierno, en parte a las iniciativas del hombre admirable que se fue solo a ese lugar cuando reinaba la terrible peste, cuando este lugar era un teatro de terrores sin ninguna compensación.

Este ha de ser sin duda alguna un esfuerzo muy grande para los (*sic*) y para los nervios, aún hoy, vivir en Molokai como lo hacen ocho hombres llenos de una noble entrega y seis nobles mujeres que se han decidido a ello por amor a Cristo. Me resulta muy penoso ver, durante quince días, solamente leprosos, y he estado a menudo bajo el imperio de un sentimiento muy doloroso a la vista de un niño de unos diez años cuyo rostro parecía el de un hombre de cincuenta años. Pero al ir a Molokai, yo esperaba entrar en una suerte de infierno, y el espectáculo de la alegría de este pueblo, la belleza de su paisaje y la existencia comparativamente tranquila que aquí se lleva, eran para mis otras tantas sorpresas. Me impresionó muy particularmente el ver en el hospital a un pobre anciano ciego que me dijo: "La enfermedad me ha rendido un gran servicio por el que le estoy agradecido, porque ella me ha salvado de mayores males".

Dios tiene con seguridad cuidado de todos sus hijos y, pronto o tarde, los más negros horrores manifiestan la divina sabiduría y el divino amor.

“Sé por experiencia, me dijo un día un amigo, que cayéndome por un precipicio, perdiéndome en una marisma, rodando a un pozo, ahogándome en el mar, encuentro siempre al buen Dios en el fondo”.

Su grandeza hospitalaria nos envuelve como un mar sin límites; no podemos perdernos, ya que por todos lugares nos encontramos en nuestra casa: sí, nosotros no podemos separarnos de Él.



“A mi llegada constaté, dice el Padre Damián [en su *Informe*], constaté que los leprosos no tenían vestidos de abrigo. Si tienen vestidos convenientes para preservarse contra las intemperies del tiempo, resisten bien el frío, pero sufren mucho cuando apenas tienen con qué cubrirse. Comienzan a toser y se sienten con fiebre, su cara y sus miembros se hinchan y si no se coge a tiempo, el mal se va generalmente a los pulmones y les arroja a la tumba antes de tiempo.

“Una persona atacada por la lepra, que se abandona a la enfermedad sin resistencia y no hace algún ejercicio, tiene la apariencia de un descorazonado, se siente totalmente miserable y no tardará en llegar a ser pronto una verdadera ruina”.

“Recuerdo que cuando llegué aquí, los pobres enfermos se encontraban desprovistos de remedios, a excepción de algunos productos y de los remedios de su médico indígena. Se podía ver a las pobres gentes circular mostrando horribles llagas, no teniendo ni tela, ni vendas, ni un poco de unguento. No solo sus llagas no estaban vendadas, sino que los que contraían una fiebre, o cualquiera de las enfermedades a las que los leprosos están particularmente expuestos, eran rápidamente conducidos a la muerte como consecuencia de la falta de un simple remedio que les hubiera aliviado.

“En el cumplimiento de mis deberes de sacerdote, encontrándome todos los días en contacto con estos desdichados, he observado de cerca los deplorables efectos de la separación forzosa en los que están ligados por el matrimonio. Esto les hunde en un abatimiento a menudo más insoportable que las dolorosas consecuencias de la misma enfermedad. Este abatimiento es en parte dominado, con ayuda del olvido, por aquellos que se abandonan a las malas costumbres de una vida inmoral. Al contrario, cuando personas casadas vienen aquí con sus consortes legítimos, aceptan pronto su estado con resignación y se acostumbran pronto a estar en la leprosería como en su casa. El leproso está no solo contento de espíritu, sino que la compañía de su mujer le procura además una enfermera que le asiste fielmente en su larga y repugnante enfermedad.

“Antes de mi llegada aquí, había leído en la prensa pública que una de las necesidades más urgentes de Kalawao era un guía espiritual. Se trataba así de hacer triunfar la virtud y de desterrar el vicio, para hacer reinar la decencia en lugar de la degradación de la peor especie... Cuando la enfermedad derrumbaba a mujeres y niños, se les ponía de ordinario a la puerta, para que

fueran a buscar un refugio en otra parte. A veces se los dejaba tras una tapia donde la muerte les esperaba; a veces una mano alquilada les transportaba al hospital.

“Como había muchas personas que morían, mis deberes de sacerdote me proporcionaban a menudo la ocasión de visitarles. Aunque mis exhortaciones se dirigían directamente a los enfermos, golpeaban a menudo los oídos de los pecadores públicos, que poco a poco comenzaron a entrever las consecuencias de su mala vida y renunciaron por fin a sus malas costumbres, gracias a su esperanza en la misericordia del Salvador.

“Una gran bondad para todos, una caridad para los indigentes, una mano de socorro para los enfermos y moribundos, y junto a eso una instrucción sólida para mis oyentes, esos fueron los medios habituales que empleaba para introducir las buenas costumbres entre los leprosos. Me siento feliz al afirmar que, asistido por la administración local, mis trabajos que parecían inútiles en un comienzo, han fructificado, gracias a la benevolencia divina, y han sido coronados por un gran éxito”.



El proporcionar agua a Molokai era un tema preferido en la conversación para el Padre Damián. Cuando llegó a la leprosería, no había en ella otro medio para proporcionarse el agua que ir a buscarla a un estanque y los leprosos debían transportarla sobre su pobre espalda. Así mismo, debían lavar sus vestidos en un lugar bien lejano: nada tiene de extraño que no estuvieran limpios. Estaba apenado por ello. Un día le dijeron que al extremo límite de un valle, llamado Waihanau, había un depósito natural

En compañía de dos blancos y de sus muchachos leprosos, se puso en marcha hacia el lugar y, con gran satisfacción descubrió la gran reserva de agua, casi circular, toda llena de agua muy fría y muy limpia. El diámetro del estanque era de setenta y dos pies por cincuenta y cinco. Hicieron un sondeo cerca del borde y encontraron que tenía dieciocho pies de profundidad. Estaba situado al pie de una ladera escarpada y los indígenas le dijeron que en tiempo de las mayores sequías jamás estaba seco. Ya no tuvo reposo hasta que los tubos le fuesen enviados. Los colocó él mismo con sus leprosos que eran capaces de ayudarlo. Desde entonces hubo abundancia de agua para beber, lavar y bañarse. Más tarde los conductos de agua fueron mejorados por el gobierno, bajo la dirección del M. Alexandre Sproull, que estaba aún en su obra de beneficencia cuando yo estaba en Molokai y se alojaba conmigo en la casa reservada a los visitantes.



El Padre Damián ha tenido siempre la esperanza de que se acabaría por descubrir un remedio contra la lepra. “Pero, dice él, no creo que haya llegado ese momento. Quizás se descubra el remedio antes de que pase mucho tiempo, gracias a la perseverancia infatigable de los doctores”. Cuando

nuevos recluidos llegaban a Molokai, los antiguos residentes tenían la costumbre de sugerirles el horrible axioma: "Aole Kanawai ma keia wahi" – "Aquí no hay ley". El Padre Damián escuchaba esta doctrina, clamaba contra ella en público y en privado con una grandísima indignación y se esforzó en combatirla con toda la energía de su temperamento.

Sobre las laderas de Molokai se encuentra en abundancia una planta que los indígenas llaman "ki" (Draconeia terminalis); cuando el Padre Damián llegó a Molokai encontró en boga esta horrible bebida. Los indígenas olvidaban, bajo su influencia, todo sentimiento de pudor y se entregaban a tales excesos que se les hubiera creído privados de la razón. La práctica de esta destilación era ilegal. El buen hombre había descubierto que ciertos agentes de la policía estaban en connivencia con los malhechores. Se puso a la tarea y a fuerza de amenazas y de persuasión, consiguió convencerles de que entregaran a las autoridades los utensilios empleados para su destilación. Algunos culpables fueron castigados, pero recibieron el perdón a condición de que no recomenzaran de nuevo. Estas reformas eran vistas con muy malos ojos por los explotadores y su influencia se contrarrestó con fortaleza. Comprendió cuánto sería odiado por la justicia, por aquellos mismos por los que sacrificaba su vida. "Dichosos los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el reino de Dios". La resistencia no cesó completamente más que cuando la horrible enfermedad ya le amenazó con derrumbarle. Entonces sus adversarios quedaron avergonzados de sí mismos y llegaron a ser sus amigos y sus ayudantes.



Fue después de unos diez años de estancia en el establecimiento de los leprosos cuando el Padre Damián se dio cuenta de que él mismo se había convertido en uno más de ellos. Los médicos le aseguraron que no era nada de eso. Pero cierto día se abrasó un pie al lavárselos en agua caliente y constató con horror que eso no le había causado ningún dolor, aunque se le habían levantado ampollas en la piel. La anestesia había comenzado, y otros signos fatales no tardaron en aparecer. Un día rogó al Dr. Arning, un célebre médico leprólogo alemán de paso en Molokai, que le examinara con cuidado. "Me es muy penoso decíroslo, respondió el Dr. Arning, pero es desgraciadamente la verdad: estáis leproso". "Es algo que no me turba, dijo el Padre Damián, porque hace mucho tiempo que estaba seguro de que llegaría".

Debo mencionar aquí que hay tres suertes de lepra. En la primera especie, todo el cuerpo se blanquea y la piel se escama; pero el estado general de salud apenas es comparativamente afectado. Este debió ser el caso del que se habla en varios lugares de la Biblia; aunque es bastante raro hoy día. En la variedad anestésica, las extremidades se vuelven insensibles al dolor y son corroídas poco a poco por el mal. Todo el cuerpo entero se debilita y se deforma; se convierte en una presa fácil para la disentería. La tercera especie de lepra está calificada como tuberculosa; se caracteriza por la hinchazón y la



decoloración. Es la más penosa de ver de las tres. El Padre Damián ofrecía al mismo tiempo (es el caso más común) las formas anestésica y tuberculosa.

“Cuando predico a mi pueblo, afirmaba, no digo “mis hermanos”, como lo hacéis en Europa, sino “nosotros leprosos”. Se apiadan de mí y me miran como alguien que será un infortunado, cuando me llegue la hora; no saben que me tengo, a mi mismo, por el más feliz de los misioneros”.

A partir de ese momento se encontró sometido a los reglamentos referentes a la segregación; le fue prohibida toda estancia en las otras partes del archipiélago. Pero por eso no dejó de trabajar con el mismo ardor, con el mismo alegre coraje, aceptando con total contento la voluntad de Dios, no dejándose abatir por el continuo pensamiento de la suerte que le empujaba hacia la muerte, y que le confundía con las pobres criaturas de las que estaba rodeado.

“No querría sanar, me dijo, si tuviera por eso que dejar la isla y abandonar mi obra”.

Una señora le escribió: “Habéis dejado todas las cosas terrestres para servir a Dios en vuestra isla y para ayudar a los otros; pienso que os debéis sentir ahora feliz con una alegría que nada os puede arrebatarse, esperando la gran promesa que os está reservada”. “Respondedle, dijo sonriendo serenamente, que eso es muy verdadero. Gozo ahora de esa alegría”.



Deseaba mucho que asistiese asiduamente a sus oficios, aunque no podía comprender nada de lo que allí se decía o de lo que se cantaba en lengua hawaiana – y no en inglés, lengua usada por los hawaianos instruidos. Insistió para que cantase en el coro y fue delicioso escucharme cantar el “Adeste fideles” con los muchachos, y algunos otros himnos que tocaba el armonio. El domingo tenía una primera misa de comunión y a continuación una misa más solemne, a la que asistían unos ochenta leprosos.

Hablaba raramente de sí mismo, como no fuera para responder a una pregunta referente a su persona; tenía toda la sencillez de un gran hombre “vestido de humildad”. No era un hombre sentimental, y me quedé deliciosamente extrañado cuando me regaló una de esas pequeñas estampas sobre las que están colocadas flores de Tierra Santa. Había escrito en ella: “To Edward Clifford, from his leper friend, J. Damien” (A Eduardo Clifford, de parte de su amigo leproso, J. Damián). En mi Biblia también había escrito: “I was sick, and ye visited me”. (“Estaba enfermo y me habéis visitado”). Le gustaba ver las ilustraciones de mi Biblia, sobretudo “las dos manos orantes” de Alberto Durero, y una de Broadlaands. Le recitaba todos los nombres de quienes me habían encargado regalos para él. Me proponía variadas cuestiones, y estaba visiblemente impresionado y agradablemente sorprendido de que los protestantes de Inglaterra le amasen.

En Navidad le regalé un libro conteniendo los himnos y los cantos del Padre Faber, enviado por los tres hijos de Lady Grosvenor. Leyó las palabras escritas por una mano infantil en la primera página: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos tendrán misericordia", y me dijo, de un modo encantador, que leería ese libro y que estaba contento de poseerle. Tenía un afecto remarcable por los niños y notaba que estaba muy preocupado por las tres pequeñas niñas que habían sido enviadas a Honolulu.

Me habría sentido muy contento de poder comprender su sermón predicado en Navidad, muy largo y muy animado. Por la tarde dio el catecismo a los muchachos y me traducía algunas preguntas y respuestas, que tenían relación con la Navidad y la naturaleza de Dios.

Me hablaba siempre en inglés, diciendo que en esos momentos ya era la lengua más natural para él.

A menudo se ha dicho en Inglaterra que era jesuita. Es un error. Pertenece a la "Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María".



Deseaba con toda naturalidad, que sus amigos ingleses cuya simpatía, su afecto había venido en su ayuda, formaran parte de su Iglesia; pero me sentí feliz al constatar, en mis conversaciones con él, que no creía en que los protestantes estuviesen necesariamente condenados a la muerte eterna.

Él y el Padre Conrardy me hablaban mucho de la autoridad infalible de la Iglesia, y yo sentía que si daba por bueno ese dogma, todo el resto vendría tras él. Hay algo seductor en esta sumisión a la autoridad, pero tiene un lado desastroso cuando la autoridad no es más que humana. Probablemente el mundo no habría conocido la vergüenza y el horror de los fallecidos de Smithfield y las torturas de la Inquisición, si los laicos compuestos de gentes moderadas y de mujeres generosas, hubieran sido capaces de encauzar la autoridad eclesiástica formando a la opinión pública. Pero no podían hacerse valer y así los crímenes más horribles que son la vergüenza de la humanidad, han sido cometidos en nombre de la religión.

El mismo demonio que es el instigador, a menudo ha sido acogido por las iglesias protestantes con benevolencia, y si evocamos su memoria, no es para hacer un reproche a la Iglesia que las ha cometido hace ya tanto tiempo, sino más bien para precavernos contra el peligro de dar un poder absoluto e irresponsable a los guías, aún a los más religiosos, de los tiempos actuales. Como nos ha dicho un gran escritor eran "los frutos legítimos de la superstición que consiste en mantener que a los ojos del Creador, los errores de creencia [de fe] son los peores crímenes; que las faltas de juicio en las especulaciones refinadas de una opinión abstracta, serán castigadas no solamente por la corta agonía de una penosa muerte, sino por las torturas que no acabarán jamás, cuando todos los restantes pecados pueden obtener el

perdón. Hay algo de intrínsecamente repulsivo para el espíritu inglés en las faltas que son resultado del amor del poder sacerdotal.

El asentimiento difiere probablemente de la convicción, pero yo trataba de explicar al Padre Damián que en Inglaterra no nos sentimos capaces de creer que la Iglesia romana no ha cometido errores en sus creencias, no más que creer que ella no ha cometido faltas en la práctica.

Él me hablaba del consuelo que sentía al saber que todos sus compañeros en el sacerdocio predicaban la misma doctrina que él. Todo cuanto se me ocurría responderle era que nosotros preferimos poseer una fe en estado de crecimiento que puede recibir nuevas luces y que puede desechar los abusos que han reinado anteriormente, más que un sistema de doctrina que ha sido completamente fijado en todos sus puntos, desde hace siglos. No consideramos que haya alguna ventaja en la rutina que proviene de una estricta ortodoxia, y tenemos una gran obligación para con la fuerza de nuestra vida espiritual por el hecho de que los hombres que se han mantenido fuertemente en las verdades esenciales, tales como la distinción entre el bien y el mal, la bondad y el amor del Padre eterno y su manifestación en la persona de Cristo, han buscado también con toda libertad conocer la verdad, sin miedo exagerado de no diferir jamás de otras buenas gentes que han vivido antes de ellos. Nos contentamos con creer que la perfección de nuestras creencias crece a medida de la perfección de nuestra vida práctica.

Pero a pesar de estas diferencias, no hay un hombre sincero que hubiera podido imaginarse que se levantaba una barrera real entre él mismo y un hombre tan bueno como el Padre Damián. Por su parte daba siempre prueba de una caridad exquisita cuando se encontraba en presencia de opiniones que consideraba como erróneas.

Todos debemos alegrarnos de que la Iglesia católica romana produce tales santos, y de no dudar en darles nuestra simpatía, nuestra ayuda y la cordial alabanza que ellos merecen. Al Padre Damián le dedicamos más que la alabanza. Posee nuestro amor.

Me dice que había habido bellos ejemplos de real devoción entre los leprosos. Los católicos eran, poco más o menos, tan numerosos como los protestantes y sus iglesias respectivas estaban bien llenas. Me habló bien del ministro protestante indígena que había venido a la leprosería para cuidar de su mujer leprosa. He ido a visitarle, pero no le he podido hablar más que por medio de un intérprete. El número total de leprosos es de 1030.



La fiesta de Navidad fue naturalmente bien celebrada y en la noche tuvimos una representación de cortas piezas en la gran sala. El armonio tocaba también sus mejores melodías. Los ingleses habrían tenido probablemente una pobre idea de nuestra fiesta, pero entre los leprosos reinaba un verdadero entusiasmo. "*La fiesta de Baltasar*" era grandiosa, pero no se parecía más a

una fiesta de Baltasar que a otra fiesta cualquiera. La escena estaba sombría y todos los leprosos parecían entrar y salir turnándose. Baltasar se cogía la cabeza sobre la mesa casi todo el tiempo. Podría decirse que estaba dormido. Nadie hizo algo especial y hubiera sido penoso adivinar quién era Daniel. Creo que la madre del rey era un pequeño muchacho.

Los Padres mantenían muy buenas relaciones con los leprosos. Una mañana encontré al Padre Conrardy haciendo la lista de los nombres de los muchachos. Quizás pudiera mencionarla al mismo tiempo que otras listas que me fueron entregadas por M. Sproull y por el doctor Nicholls. No olviden que son nombres de muchachos: Jean Pierre, Henro Anne, Ponte-al-frío, el Comedor-de-ratas, los Ojos-de-difunto, la Caída-del-caballo, Madame Tompkins, el Cielo-ha-hablado, Susanne, la Ventana, el Espíritu-errante, el Primer-nariz, el Décimo-cielo, el Depósito-de-cadáveres, el Pájaro-blanco, el Pájaro-de agua, la Orilla-de-la-verdad, el Vomitivo.

Los nombres siguientes fueron encontrados por el doctor Nicholls: Sr. Tijeras, Sra. la Ostra, el Loco, el Hombre-que-se lava-los-pies, El Lagarto-perezoso, el Océano-Atlántico, el Estómago, el Gran-cubo, Pobre-pequeño-gato, la Pocilga.

El Padre Damián no quería nunca entrar en la casa en que me alojaba [la casa de huéspedes], pero por la noche tenía costumbre de sentarse en las escaleras de la veranda y charlaba con una sencillez y un buen humor notables. Las estrellas brillaban por encima de su cabeza y los valles estaban envueltos en un claro de luna. A menudo hay tiempos tormentosos en Molokai. El viento *cona* sopla de la costa sur y alcanza las cumbres de las montañas donde se abate. Como si se asombrara de haber llegado a su fin, desciende por las gargantas de las montañas hacia los pueblitos de modo no menos violento. Una noche nuestro tejado fue levantado y la lluvia nos inundó por una docena de aberturas. Las rosas de china cerca del balcón estaban destrozadas y tronzadas y en mi ida a Kalaupapa en coche, fui empujado en la dirección contraria a una distancia de doscientos metros, mientras la lluvia sobre mi cara se asemejaba más a la grava que al agua. A veces este mal tiempo dura varios días seguidos y el viento continúa soplando, o bien bajo el cielo iluminado por las estrellas o por un sol brillante.

Puede decirse que el clima es generalmente muy agradable, pero M. Sproull me dice que el calor y la calma son a veces tan agobiantes que todo el mundo se vuelve "como un cuello empapado".

El suelo de Molokai está cubierto por grandes bloques de lava negra a cuyo alrededor crece una especie de hierba con profusión y es tan larga y tan fina que hay que tener cuidado al caminar para no tropezar y caer en los agujeros del camino. No hay muchas flores salvajes en Molokai ni en las otras islas. Las lilas gigantes, una especie de verbena abigarrada, y una brillante flor de naranja con un pedúnculo que contiene una materia lechosa, son las principales flores salvajes. Sobre las colinas se ve la Lehua con flores carnosas,

y bayas de todas las variedades, blancas, negras, púrpuras, amarillas y rojas. Algunas son excelentes para comer, sobretodo la ohelo.

A medio camino entre los dos pueblos leprosos, hay una elevación que no es otra cosa que un volcán apagado. Su copa es perfectamente redonda y en el centro hay un agujero de 130 pies de diámetro, pero su profundidad es insondable. Está lleno de un agua turbia y verdosa. Esqueletos de árboles crecen en él y también algunos grandes cactus. El lugar se asemeja a una escena de cualquier lúgubre cuento de hadas.

En Kalaupapa se encuentra la residencia del Padre Wendelin y de tres Hermanas Franciscanas. La Madre Mariana es la Superiora. Es una mujer muy gentil, con un gran espíritu organizador y un gusto particular para el arte y la belleza, que tiene muy poca oportunidad de desplegarse en un lugar tan miserable. Me dice que se vería muy contenta si recibiera vestidos usados para las niñas, si tengo la ocasión. Pueden enviárselos directamente a ella o bien al Comité de Salud que es quien tiene la autoridad en Kalaupapa, Molokai, Islas Hawaii. El Padre Damián ha construido una iglesia en este lugar con sus propias manos. Es buen carpintero y constructor y parece capaz de poner la mano en toda clase de obras, mientras se trate de un trabajo manual. Es particularmente exacto y práctico en hacer las cuentas y manejar el dinero. De hecho el se mostraba deseoso por hacerme ver cómo tenía sus libros, y para hacerme comprender que todo cuanto se le enviaba era distribuido con imparcialidad a los protestantes y a los católicos. Tiene con él a dos laicos serios, el Hermano José [Dutton], un americano, y el Hermano Jacques [Sinnel], un irlandés.



El momento de abandonar la leprosería llegó en verdad demasiado pronto. El último día del año arribó un barco con unos doscientos amigos de los leprosos que venían a pasar unas horas en Molokai, un generoso tratamiento ofrecido por M. Samuel de Honolulu. La mar estaba tan encrespada que solo los hombre pudieron desembarcar; las mujeres fueron llevadas en barcas cerca de la costa, para permitirles también ver a sus amigos y conversar con ellos. Las escenas de la llegada y de la partida son inolvidables. Cuando marchó el barco, parecía que toda la población se encontrara sobre la costa para decirnos adiós y había muchas lágrimas y agitación de pañuelos. ¡Pero qué diferencia! Los desdichados quedan separados para siempre de los suyos, mientras que los visitantes pueden volver aún en otra ocasión.

Nuestro barco levó anclas y pronto vimos las montañas en color púrpura, coronadas de nubes blancas. Al lado de las rocas había cataratas por varios lados. El pequeño pueblo, con sus tres iglesias y sus casas blancas, se encontraba en la base. El Padre Damián se mantenía en pie, al lado de su pueblo, en lo alto de una roca, y permaneció allí hasta que desaparecimos. El sol se ponía en el horizonte y los rayos de luz se deslizaban a lo largo de las

montañas. Entonces vi a Molokai, envuelto en una nube dorada de niebla, desapareciendo lentamente.

**Estaba enfermo  
y me visitasteis.**

*Londres, mayo 1889.*

Acabamos de conocer la muerte del Padre Damián. Amigos me han dicho: "Estaréis contento, sin duda, de que se haya ido a recibir su recompensa". Siento que todo lo que Dios hace, está bien hecho, y además, que todo es para lo mejor. Pero no estoy contento más que desde este punto de vista más elevado. Cuando se ve todo con unos ojos puramente humanos, parece que una vida tan útil y tan feliz, hubiera podido prolongarse todavía, para aumentar los méritos y continuar ayudando a los desdichados a los que se había entregado. Creo que estas últimas semanas había comenzado a sentir un mayor deseo del paraíso, porque la carga del cuerpo la sentía más pesada.

El 4 de enero último, el hermano Jacques me escribía:

"Oremos porque podamos estar reunidos un día en la alegría eterna en la morada de nuestro Padre de los cielos donde los leprosos se encontrarán purificados. Probablemente no nos volveremos a ver sobre esta tierra. No puedo expresaros, mi querido Sr. Clifford, la alegría que hemos experimentado con ocasión de su visita a nuestra pobre leprosería, como tampoco la felicidad de nuestros niños leprosos cada vez que podían saludar vuestra presencia entre ellos. Jamás olvidarán vuestros esfuerzos generosos por procurar su felicidad. Se felicitan sobretodo de que les hayáis traído de las extremidades de la tierra, el verdadero remedio de su lepra. A veces violento la modestia del Padre Damián diciéndole que parece más joven y con mejor aspecto después de que se trata con vuestro aceite, porque verdaderamente, su cara y su voz han mejorado notablemente. Tiene una gran confianza en vuestro remedio. Os expresa todo su profundo reconocimiento por vuestra petición de novedades concernientes a su salud, y me ruega haceros saber que se encuentra mejor en todos los aspectos.

"Está muy contento con las noticias sobre el Reverendo Chapman y os ruega, cuando le escriba, que le exprese su gratitud sin límites a todos los sinceros amigos de los leprosos y a sus asociados en su obra de caridad. Recibirán en retorno las oraciones del sacerdote leproso y de sus fieles afligidos, que suben todos los días ante el trono de su misericordia por todos los bienhechores. Os deseo toda felicidad en esta vida y en la vida futura y permanezco todo para vos en Cristo."

(El Padre Damián añade en una posdata):

“He estado muy ocupado. Suscribo todo lo que el Hermano Jacques os escribe. Hasta la vista y que Dios os bendiga”.

J. Damián.

Mis esperanzas fundadas en esta carta y sobre mis constataciones de los últimos días de mi visita a Molokai, fueron cruelmente decepcionadas por la carta que el Hermano Jacques me escribió el 21 de febrero. Me dio un informe angustioso sobre las condiciones físicas del Padre Damián., pero dice: “Sin embargo, él se encuentra igualmente enérgico para mejorar la condición de los leprosos. Una docena de pacientes nos han llegado después de vuestra marcha. Todos están relativamente felices”.

La posdata de esta carta dice:

“Mi corazón y mis buenos deseos a nuestro buen amigo Eduardo. Trato de hacer lentamente mi camino de la cruz; y espero llegar pronto a mi Gólgota. Eternamente con usted

J. Damián.

La última carta que me envió estaba datada el 28 de febrero. Dice así:

“Mi querido Eduardo:

“Vuestra carta tan simpática del 24 me tranquiliza un poco en mi aflicción. Hago todo lo posible para llevar, sin quejarme mucho y de una manera práctica para la salvación de mi alma, las miserias por largo tiempo previstas de la enfermedad, que es, después de todo un medio empleado por la Providencia, para desprender el corazón de todo afecto terreno y aumentar mucho el deseo del alma cristiana de estar unida –lo más pronto mejor – a Aquel que solo es nuestra vida.

“Durante vuestro largo viaje de vuelta a vuestra casa, no olvidéis por favor, os lo ruego, de seguir el camino estrecho. Los dos debemos caminar con precaución, de manera que nos encontremos en la casa del Padre eterno y común. Mis buenos respetos y mis plegarias y todos los deseos a todos los amigos simpatizantes. Buen viaje, mi querido amigo, y adiós, hasta el cielo. Totus tuus.

J. Damián.



Unas tres semanas después de haber escrito esta carta, estaba seguro de que su fin estaba próximo, y el 28 de marzo comenzó a guardar cama.\*

---

\* Las primeras siguientes afirmaciones, y algunas otras dispersas, E. Clifford las ha tomado de la carta que el P. Wendelin Moellers, ss.cc., escribió (17.4.1889) comunicando oficialmente la situación de los últimos momentos y de la muerte del P. Damián. Pero las mejores reflexiones son suyas propias.

“Ya veis mis manos, decía. Todas mis llagas se cierran y las postillas se ennegrecen. Vos sabéis bien que es el signo de la muerte. Mirad igualmente mis ojos. He asistido a tantos leprosos moribundos que no me puedo equivocar. La muerte no está lejos.

“Hubiera deseado ver al Obispo, pero el buen Dios me llama a celebrar la Pascua con Él. ¡Dios sea bendito!

“Qué bueno es al haberme conservado el tiempo suficiente como para ver dos sacerdotes a mi lado en mis últimos momentos y, además, por tener a las Hermanas Franciscanas en la leprosería.

“Este es mi *Nunc dimittis*. La obra de los leprosos está asegurada, ya no soy necesario, así que me iré allá arriba.

El Padre Wendelin le dijo:

- “Padre, cuando esté allá arriba, no olvidé a los que deja huérfanos detrás de usted

- “¡Oh, no! Si tengo algún crédito ante Dios, intercederé por todos los que están en la leprosería.

- “¿Y me dejará, como Elías, su manto, Padre mío, para que pueda tener su gran corazón?”

-“¡Ah!, ¿qué haría con él?, respondió el mártir; está todo lleno de lepra”.

Se repuso por un poco de tiempo después de esto, y cuantos le observaban, hasta guardaban la esperanza que se pudieran prolongar sus días. El Padre Conrardy, el P. Wendelin y el Hermano José estaban casi continuamente con él. El Hermano Jacques era su fiel enfermero. Las Hermanas de Kalaupapa le visitaban a menudo, y es consolador pensar que el rostro dulce y sereno y la voz cariñosa de la Madre, estaban a su lado durante sus últimos días. Todo el mundo admiraba su paciencia sorprendente. Él que había sido tan ardiente, tan fuerte y tan lleno de buen humor, estaba ahora impotente sobre su cama. Hubo una gran dificultad para hacerle aceptar una cama, acostumbrado a dormir sobre el colchón de paja por el suelo. “Y qué pobremente estaba postrado! Él, que había gastado tanto dinero para aliviar a los leprosos, se había olvidado de tal modo de sí mismo, que no tenía ningún confort y apenas las cosas necesarias para su vida”.

A veces sufría horriblemente, otras veces estaba parcialmente inconsciente. La terrible enfermedad se le había concentrado en la boca y en la garganta. Como estaba acostado, allí, en su pobre habitación, con el rumor de la mar llegándole a sus oídos más débilmente, y el buen rostro del Hermano Jacques que gradualmente se volvía menos nítido a sus ojos que se apagaban, ¿tenía la impresión de que quizás su trabajo había sido pobre y su vida medio fracasada? Había sido decepcionado por muchas personas de las que había esperado mucho. Los enemigos le habían acechado de muy cerca. Sus intenciones habían sido cuestionadas, la pureza de su vida había sido atacada. Había recibido pocas alabanzas. Las oleadas de afecto y de simpatía de Inglaterra le habían animado, pero Inglaterra estaba tan lejos que parecía que fuese como un afecto y una simpatía venidos de alguna estrella. Habían sido construidas iglesias, las escuelas y hospitales estaban marchando bien, pero



quedaba tanto por hacer...¡Tenía cuarenta y nueve años y estaba a las puertas de la muerte! ¡Jesús en la cruz!

“Y bien ¡que se haga la voluntad de Dios!. Él sabe qué es lo mejor! Mi trabajo, con todas sus faltas y fracasos, está en sus manos, antes de Pascua veré a mi Salvador”.

Su respiración se hacía más difícil, sus ojos leprosos estaban velados, su cuerpo, tan vigoroso antes, estaba a punto de alcanzar la rigidez. Se dejó oír el sonido de una campanilla que pasaba y las lamentaciones de los infelices leprosos atravesaron el aire. Había rendido el último aliento vacilante y el alma de José Damián, como una alondra, subía hacia Dios.

Sin duda alguna su poder sobre la tierra es más grande que el que jamás había tenido cuando vivía entre nosotros. Como el poder de Cristo era mayor cuando estaba clavado por las manos y por los pies a la cruz, reducido a la impotencia, que cuando andaba por todas partes curando y bendiciendo, y como es todavía mayor cuando subió a las moradas celestes, así es el de sus fieles servidores.

Creo que el Padre Damián ha recibido ahora diez ciudades en recompensa por su empleo sabio y diligente del “talento” que ha consagrado a Dios, hace treinta años, cuando presentó su cuerpo en sacrificio vivo y aceptable para su servicio. Su vida y su muerte tienen el poder de afectar a millares de almas a las que jamás ha escuchado, el poder también de hacer surgir una gran nación para librar el imperio del mundo de la peste que le ha matado.

El Hermano Jacques me escribía tres días después de su muerte:

“Con un profundo dolor, le anuncio la muerte de nuestro amigo, el Padre Damián, que dejó esta vida el 15 de abril, después de haber guardado cama durante veintiún días, durante los cuales a menudo ha sufrido mucho, porque la enfermedad estaba concentrada en su boca y su garganta. Así ha acabado su martirio de dieciséis años.

“He tenido el privilegio de poder cuidarle y estar con él día y noche, hasta que entregó su alma a Dios en mis brazos. Jamás he visto una muerte más feliz. Estaba continuamente unido a Dios con sus plegarias incesantes y sus sufrimientos. Me decía a menudo que estaba muy gozoso porque esperaba poder celebrar la fiesta de Pascua en el cielo. Todo el tiempo, vos y el Sr. Chapman, sus amigos más devotos, estaban presentes en su espíritu. Se produjo un notable cambio en su rostro un poco antes de su muerte. Las hinchazones de su cara habían desaparecido completamente. Le hemos enterrado bajo el *puhala*, casi a la puerta de mi cabaña, y aquí seré el guardián de su queridos restos mortales, hasta el día en que también yo termine mi carrera.”

Jacques Sinnet